

Los escarpines
de Kristina de Noruega



Los escarpines
de Kristina de Noruega

Cristina Sánchez-Andrade

© Cristina Sánchez-Andrade Potter, 2009

Primera edición: mayo de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

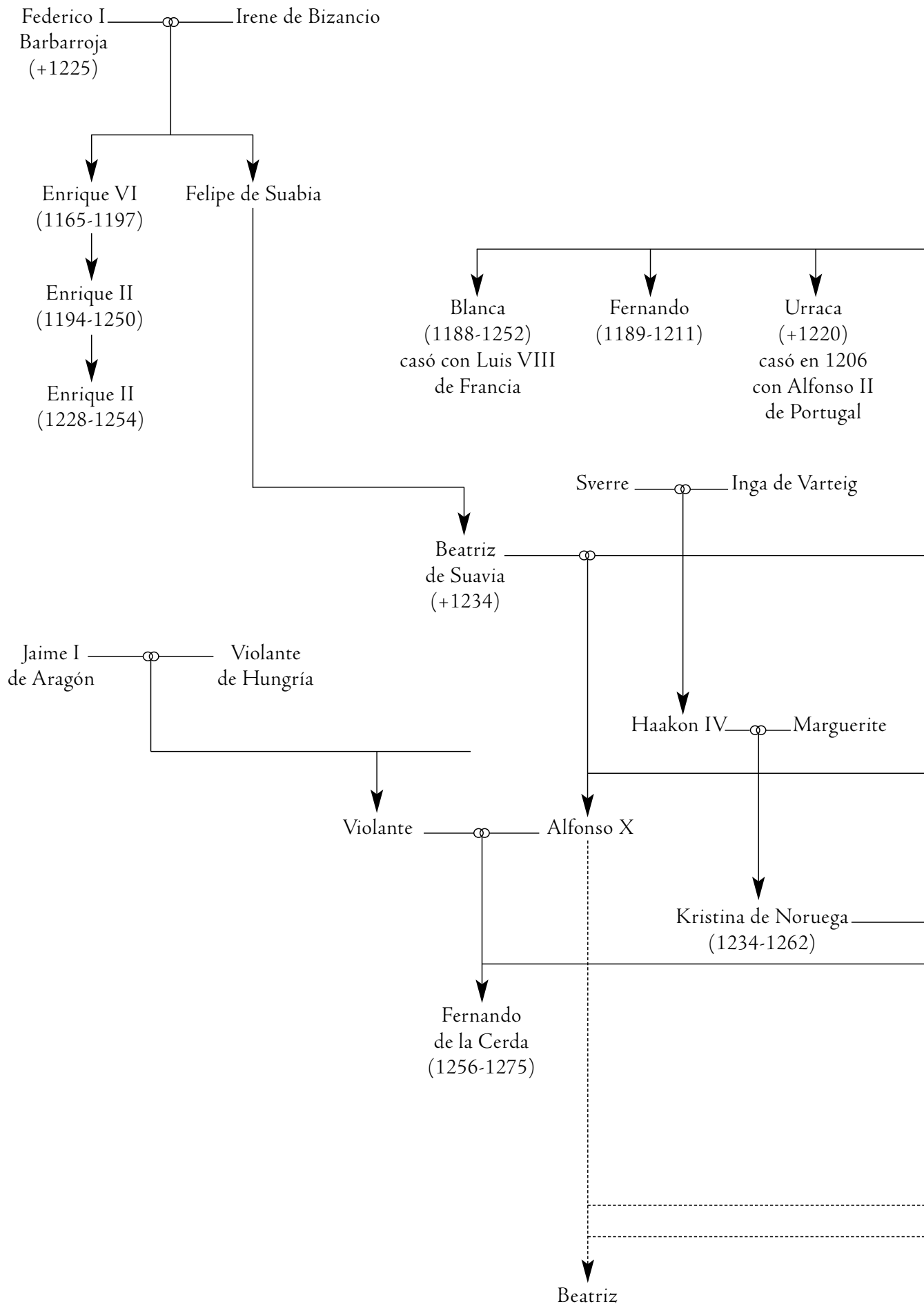
Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-131-8
Depósito legal: M. 13.320-2010

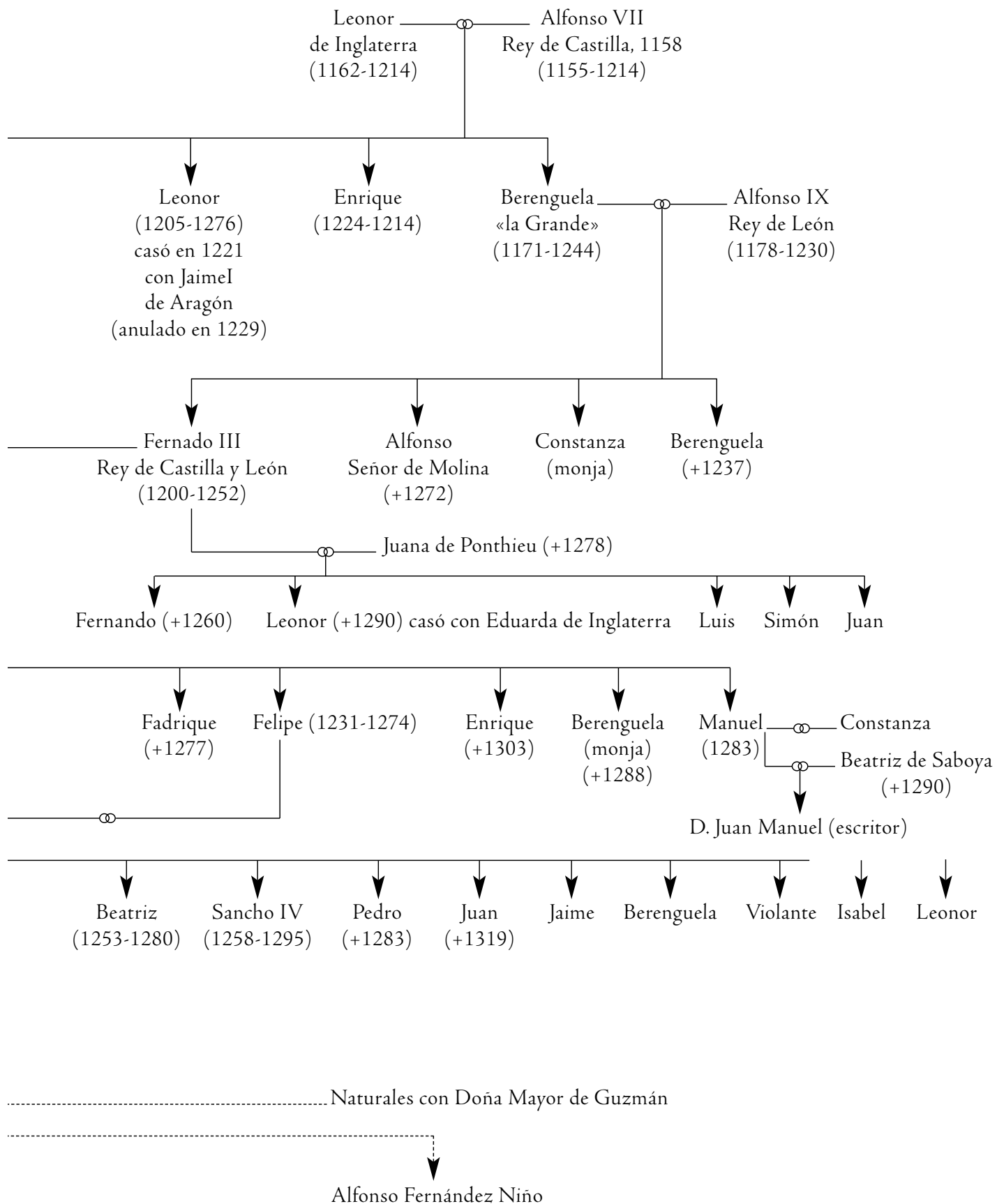
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Daniel

CUADRO GENEALÓGICO DE



LA FAMILIA DE ALFONSO X



Primera parte

De la carne de Ymir se hizo el mundo;
y de su sangre, el mar;
de sus huesos, peñascos; de sus cabellos, árboles;
y de su cráneo, la bóveda celeste.

Y de sus cejas, los dioses geniales
hicieron Midgard para la humanidad.
Y de su cerebro se crearon
todas esas crueles nubes de tormenta.

Grímnismál (Los días de Grímnir). Poema de «Edda Poética»,
de la mitología nórdica, de Snorri Sturluson (1179-1241)

Páramos de Toledo, 23 de noviembre de 1221

Había una plaga de langostas en el reino de Castilla. Una mujer acompañaba a su esposo camino del sur para aplastar una rebelión nobiliaria. Pero estaba grávida de nueve meses, y en unos páramos próximos a Toledo, no tuvo más remedio que detener su caballo en seco.

13

Lanzó una mirada indecisa en derredor, permaneció unos instantes en suspenso, como olfateando el aire y, finalmente, se apeó. Le dijo a su esposo: la rebelión tendrá que esperar.

Comenzó a caminar con la vista fija en las hojas descoloridas de los arbustos, abarquilladas por la melaza que excretaban las langostas, y al llegar a la orilla del río, se hincó junto a una hilera de saúcos que todavía estaban sin infectar. Encorvada como una penitente, avanzó de rodillas hasta dar con un pequeño claro. Miró hacia atrás y, tras comprobar que nadie le había seguido, comenzó a escarbar la tierra frenéticamente, arrancando raíces y abrojos, apartando piedras y flores hasta lograr hacer un agujero profundo. Entonces se puso en pie y, apoyándose contra un saúco, todavía resollante por el esfuerzo, se descalzó empujando el escaquin del pie derecho con la punta del pie izquierdo, y a la inversa.

Tomó uno y lo observó en la mano. Era una suerte de sandalia de suela alta y plataforma de corcho forrado, con escote en V y la punta ligeramente curva, primorosamente decorada con ramilletes de rosetas. Echó otro vistazo suspicaz al séquito, que permanecía inmóvil en la distancia, envuelto por la bruma,

y a continuación, sin pensarlo dos veces, arrojó el escaupín al agujero, seguido del otro. Luego volvió a hincarse en el suelo y los cubrió con la tierra removida.

Fue entonces, al palpase la entepierna, cuando se percató de que tenía las calzas de tiritaña empapadas; así que se arrancó el pellote de un zarpazo, se aflojó los cordones de la saya y, allí mismo, se sumió en un estado de inerte espera.

Permaneció en esa postura durante dos o tres horas, sólida como un peñasco, mientras la niebla iba envolviendo su figura henchida y su rostro se iba animando por un calor de batalla. Un poco más tarde, cuando el séquito se dispersaba para acampar, comenzó a retorcerse ligeramente, flotando en el dolor. Por fin una dueña se acercó para asistirle, pero cuando llegaba a la hilera de saúcos, otra mujer gigantona, que resultó ser la madre de su esposo, la apartó de un manotazo mientras metía en la boca de la parturienta una pipa de metal encendida.

La mujer alzó la vista y miró a su suegra con asombro. Antes de que pudiera decir nada, oyó:

14

—Fumad, son amapolas.

Demasiado floja para forcejear, aspiró de la boquilla de la cachimba. La primera bocanada la sintió áspera y agraz, pero la segunda le gustó. Fumó durante cinco o diez minutos, hasta que los músculos de su cuerpo comenzaron a relajarse y su cabeza se llenó de mariposas. Ahora sentía que un húmedo tumulto de piernas o de brazos le invadía allá abajo. Devolvió la pipa con determinación, se puso a cuatro patas y cerró los ojos. Soltó unos gemidos apagados, algo parecido a los graznidos de los cuervos que sobrevolaban sus cabezas. Volvió a abrirlos, primero uno, luego el otro, y entonces dirigió la vista hacia el suelo. En aquellos ojos vagos de ancha pupila azul fulguró una luz. Un rebuzno soltado al aire fue suficiente para que el esposo comprendiera que todo había acabado: era un niño, y estaba vivo.

La madre del esposo estaba ahí porque también tenía la costumbre de cabalgar junto a su hijo en todas las campañas contra el infiel. Era una mujer de vida sobria y continente, que amaba la rutina y el orden asfixiantes. En previsión del nacimiento del nieto, ya había puesto en marcha el plan para su formación, que consistía en arrancarle de la cuna y del seno materno para educarle, al menos durante los trece primeros años de su vida, en

una atmósfera rural, donde pudiera ver las manzanas que colgaban de los árboles, respirar aires puros y beber leche de pasto.

Eso sí, conforme a una regla moral rígida, como hicieron con ella y como hizo con sus hijos, le inculcaría el amor hacia lo exacto y lo riguroso, hacia la disciplina, la constancia y el orden; hacia la cultura y la lógica aplastantes, hacia la frugalidad, hacia el pan moreno, el tocino y el ajo.

A ser posible, el niño no recibiría besos, ni cosquillas, ni caricias, pues el contacto físico y la ternura eran el humus del que prenden las debilidades de la edad adulta.

Nada mejor para todo esto que el influjo de esta madre recia que acababa de parirle sola, sin ser asistida por nadie en medio de aquel páramo inhóspito de Toledo.

Con lo que no contaba la abuela era con que el niño nacería tan de improviso y menos con que la madre quedaría seca de leche después del esfuerzo. Así que cuando se vieron con el recién nacido y tanta langosta por todas partes, cambiaron de planes.

Por las gentes de las villas y pedanías que iban dejando atrás, supieron que en pocos meses la plaga se había extendido con tanta virulencia que no quedaban árboles ni cosechas sin devastar. Una nube bermeja se desplazaba a gran velocidad y, cuando no encontraba ya nada que arrasar en los campos, explicaban los campesinos, descargaba su vientre de langostas hambrientas sobre las casas. De las grietas del suelo y las paredes, de los marcos de las ventanas y de los zócalos saltaban ejércitos enteros. Y lo peor no eran los daños en las cosechas y en las casas, sino el ruido.

Por la noche emergían de la tierra, rasguñaban el aire con las alas y hacían correr las patitas. Se oían durante todo el día, hora tras hora, sin descanso, raspando paredes, saltando al vacío o escarbando con su pincho picudo por debajo de las puertas.

En uno de los pueblos oyeron hablar por primera vez de las facultades de doña Sancha Gutiérrez, abadesa del monasterio de las Huelgas, que era capaz de espantar cualquier mal a través de sus rezos contumaces. No lo pensaron dos veces. Se había intentado todo y estaba claro que esta otra rebelión, la de las langostas, era mucho más peligrosa que la de los magnates del sur. Darían la vuelta con el recién nacido y se dirigirían a Burgos.

Así que casi a punto de llegar, al divisar la cúpula de la capilla de las Huelgas, imponente y nevada, compacta como el

seno de una mujer, se sintieron aliviados. Habían cabalgado bajo un cielo gris y turbio, atravesando tierras yermas y ríos vagabundos, pastizales y bosquecillos, de tanto en tanto una aldea, un campesino solitario arando las tierras, y el cansancio y una humedad furiosa les calababan los huesos.

Junto a la puerta principal, el estiércol de las vacas que pastaban sueltas se diluía en regueros amarillos. Pero lo primero que pidió la abuela a las monjas que se agolparon en la puerta no fue sopa ni pan ni un catre para dar reposo al nalgatorio, sino una nodriza.

Una nodriza de leche de días, joven, no muy sañuda y noble, una mujer poco sentimental que fuera capaz de inculcarle al niño la férrea moral con la que tenía pensado educarle.

—Porque si la leche ha de ser de otra —echaba de ver la abuela confundiendo en su cabeza leche con sangre— que sea leche germánica.

16 Como era de suponer, la nodriza no apareció en el plazo de veinticuatro horas, que es lo que aguanta una criatura recién parida amamantada con agua azucarada. Dispusieron entonces que mientras seguían buscando por los páramos y caseríos próximos al monasterio, al niño le dieran la leche de una burra que tenían las monjas para transportar la mantequilla que vendían por las aldeas. La rebajaron con agua, pero después de la segunda toma, le produjo diarrea. Estuvo a punto de morir deshidratado y la abuela se encomendó a Dios ofreciéndole sus propios dientes, el pelo, un reino de taifas.

Mientras madre, abadesa y abuela discutían sobre el asunto, al niño le dejaron en una canasta de paja con una almohada de tafetán, envuelto con unos paños sencillos y con una toalla enrollada junto a los labios, empapada en agua azucarada para que no llorase. La madre puso la canasta sobre una mesa, porque tenía miedo de que las langostas le comieran la cara. Pero su abuela la bajó de inmediato y la situó en el suelo, junto a una ventana por donde entraban los cálidos rayos del sol del atardecer.

El niño apenas se rebulló, pero en su corazón del tamaño de una nuez ya debían de estar imprimiéndose algunas cosas importantes: que la vida es un subir para luego bajar, y que está llena de sol color naranja; y que es también un dulce esperar a que las mujeres decidan por uno.

Doña Berenguela de Castilla

Toro, Zamora, 1188

A veces los campos de Castilla se estremecen con un viento enloquecido. Entra por la franja del horizonte levantando hasta arrancar la piel de las espigas, arrojándose sobre los encinares y las sierras peladas, izándose en su aleteo inmenso y bruto hasta las cercanías de un castillo, demorándose en la zanja del foso, en los postigos de las puertas y en las almenas desmochadas; y arrastra yesca y flores, voces de niños, olor a coliflor y a excrementos de rebaño, hasta que comienza su ascenso. Sube aullando por los muros, y enseguida tropieza con los ojos de una joven inmóvil, de piel fina y delicada, cabello color de zanahoria y cuello de corza que revelan la herencia de un exquisito linaje.

17

Es doña Berenguela, hija de don Alfonso VIII de Castilla y Leonor Plantagenet, que contempla el paisaje desde la ventana del castillo con un mohín de desdén. Ningún calor, ninguna sensualidad emana de esos ojos de ave fríos. Son los ojos de una mujer que no vive en la vida, sino en la obsesión.

Con apenas ocho años, fue dada en matrimonio al príncipe Conrado, un duque alemán enclenque y afeminado, perteneciente a la familia imperial de los Staufen, que tenía el mismo cabello encrespado que su padre, Federico I Barbarroja. 1188. Se celebraron los esponsales en una ceremonia en la que el joven fue armado caballero, tras la cual hubo una fiesta con música y vino, titiriteros, juglares y luna llena. Pero la promesa de matrimonio duró una noche.

A las seis de la mañana del día siguiente, él ya estaba listo para volverse a Alemania: pequeño y enjuto, mal rasurado, pertrechado como para entrar en combate y vestido con todas sus armas. Al ver aparecer a la niña, se atragantó. Luego se puso pálido y comenzó a sudar.

La infantilla tenía el traje de novia preparado en un arcón; pero al ver que el duque se marchaba, no se sintió ni enojada ni afligida. En realidad, no sintió nada.

Tampoco al día siguiente, ni al otro, cuando le dijeron que con la huida de Conrado había perdido toda posibilidad de aspirar al Imperio (pero ¿qué Imperio era ése?). Se limitó a sentarse en el tabuco ventanero para esperarle. Con los ojos dilatados, fijos en ese viento que removía la campiña, decía: volverá. Como si esperar fuera parte de la vida o de aquel árido paisaje de Castilla.

Pero nunca más regresó. Pasó un tiempo y empezó a sentir un hervor en los riñones al atardecer, como doloroso era el recordar. Por la noche gemía en su lecho pensando en aquel muchacho pelirrojo y delicado que le había llamado «mora». No llegaba a entender por qué habían pretendido casarle con ese hombre que ni siquiera se había dignado a dirigirle la palabra, y menos por qué había sido rechazada. Poco a poco, de ser una niña alegre, se fue volviendo adusta y solitaria, como aquella fortaleza amurallada en la que pasaba los días, siempre preparada para la defensa, con muros ciegos y estrechísimos adarves para que nadie la escuchara llorar, con rastrillos y fosos insondables, con rejería en las ventanas y blindajes en las puertas para que nadie traspasara sus pensamientos más íntimos.

Hasta que un día, ella misma se dio cuenta de que el insulto («mora con olor a ajos») había abierto un surco en su corazón. Fue entonces cuando empezó a interesarse por lo que verdaderamente había perdido: el Sacro Imperio romano germánico.

Un tiempo después se desposó con su tío segundo, Alfonso IX, rey de León, un hombre mujeriego y simplón con aliento fragante de ganado —los árabes le llamaban el «Baboso»—, que ya había estado casado una vez y que, en el lecho de muerte, levantó la cabeza para preguntarle al cura que le daba la extremaunción si por ventura sabía cuántos hijos dejaba por el mundo. La boda se celebró en Valladolid con toda la pompa,

aunque las jerarquías eclesiásticas andaban divididas en la aprobación del matrimonio, dudoso canónicamente por el grado de parentesco de los cónyuges.

Por entonces Berenguela ya era una mujer madura, así que aceptó al esposo por tres razones. La primera porque era muy consciente de que aquel acuerdo matrimonial que suponía la paz y la concordia entre los reinos de Castilla y León era una decisión política muy calculada por su padre, inamovible. La segunda porque así hacía rabiar a los papas que no aprobaban el matrimonio de pecado entre parientes. Y la tercera porque, aunque el Baboso no tenía derechos imperiales, era un toro miura para darle hijos.

Seis años duró la desigual unión; y la aprovecharon bien para el reino, pues en ellos se dieron siete embarazos de los que quedaron cuatro hijos. Después de tanta preñez sin tregua para el cuerpo, a doña Berenguela le quedaron los tejidos del abdomen y de los pechos tan estirados, las piernas tan hinchadas, la boca tan desdentada, que a los treinta aparentaba cincuenta.

Tal vez antes de casarse había podido sentir alguna curiosidad por el sexo —ese territorio salvaje de lobos y escarcha, se decía—; ahora no le quedaba ninguna.

19

Durante todos esos años fue desarrollando su rígida moral, que pasaba por atornillarse a sí misma a una rutina consoladora que comenzaba con sus plegarias de las seis de la mañana y acababa a las diez de la noche, y que le impedía disfrutar de un minuto de ociosidad o de holgazanería.

Ya por entonces empezaba a manifestar los primeros síntomas de su enfermedad: destellos de luz que le atravesaban la frente en zigzag, espirales, telarañas de color en la cabeza, ruidos en el fondo del oído. Una sensación de estar viviendo dentro de los ojos.

Lo consultó con los mejores físicos y, después de una larguísima exploración, le dijeron que cabía la posibilidad de que algún pájaro o insecto se le hubiera metido por los ojos, por la nariz o por las orejas. Era algo muy frecuente; los animales penetraban hasta el fondo de la cabeza y quedaban como asuntos sin resolver, acurrucados entre la nebulosa frontera que hay entre la realidad y la fantasía, aleteando débilmente. Este aleteo removía la bilis negra, con la consecuencia de que de sus

nocivos vapores ascendían hasta el cerebro y excitaban al enfermo, que quedaba así dominado por un temperamento frío, seco y...

—Fiebre no hay, pero el pulso está alterado y el color de la piel lo dice todo. La exploración podría ser todavía más profunda, pero el caso no ofrece duda. ¿Alguna obsesión?

La tenía; y haciendo memoria, probablemente todo empezó ahí, una tarde en que estaba en su alcoba, cuando era niña, poco después de que en la corte se anunciara el compromiso de su hermana Blanca con el joven infante don Luis de Francia. El preceptor hablaba de Carlomagno, les explicaba a ella y a sus hermanas que en el año 800, en una suntuosa ceremonia en la que vinieron dignatarios del mundo entero, el papa León III convirtió a aquel rey de los francos en sucesor de los emperadores romanos, y que, a partir de entonces, el pueblo le aclamaría tal y como en otros tiempos se hizo con César, Augusto o Tiberio. Desde entonces, siguió explicando el preceptor, aunque cualquier rey cristiano podía aspirar a la corona imperial, sólo los reyes germánicos obtenían la coronación; de modo que el título de la institución vino a llamarse así: Sacro Imperio romano germánico.

20

Aquello fue como encender una fogata en la oscura cabeza de la joven Berenguela. El fallido matrimonio con el duque de Rothenburg había sido una manera de enlazarla con ese linaje y aspirar al Imperio. Las palabras «emperador», «Augusto», «rey de los romanos» comenzaron a flotar en su cabeza como troncos a la deriva en la inmensidad de un océano, y por primera vez en su vida, empezó a sentir una fuerza interior, una infinita capacidad de triunfo.

Se levantó bruscamente, tiró la silla al suelo y fue hasta la ventana. Allá lejos, junto a la franja del horizonte, el viento comenzaba a rizar las espigas. Preguntó:

—¿Y si soy yo la que caso a un hijo mío con una princesa del norte?

—¿Un hijo vuestro, decís? —El preceptor miraba a la joven infanta de quince o dieciséis años y no acababa de entender.

—¡Un hijo! —insistió ella. Doña Berenguela sabía que la decisión de su padre de casarla con el rey de León era inamovible, y que, por tanto, sólo le cabía pensar en la descendencia—.

Si caso a mi hijo con una princesa linajunada, mi nieto heredará la dinastía imperial...

—¿Nieto...? Bueno..., eso en el caso de que...

No pudo seguir. En ese momento, el cielo se partió en dos. El viento comenzó a soplar con tanta violencia que se abrieron las ventanas. La estancia quedó en penumbra. Miles de murciélagos como sayas deshechas habían entrado y volaban en zigzag, bajaban hasta el suelo y volvían a subir chocando contra los muebles y las paredes, enredándose entre los cabellos de las niñas, metiéndose por las narices y las orejas. Éstas chillaban, el preceptor corría de un lado a otro con los brazos en alto. Hasta que, de pronto, todo se acabó. Cesó el viento y, ante el asombro de todos, los murciélagos desaparecieron.

Se oyó (era la voz de Berenguela, que estaba acucillada junto al arcón en donde seguía su traje de novia sin estrenar, la cabeza entre las manos):

—No busquéis más; están aquí, en mis ojos.

La rabia contenida, la indignación soterrada, el recuerdo de la niña despechada revivido una y otra vez, salieron aquella tarde como una espoleta, dejando un vacío en su cabeza que dio paso a la obsesión: tener un nieto para convertirlo en emperador del Sacro Imperio romano germánico.

¿Un nieto?, le decían sus mayores cuando le oían hablar en esos términos, qué cosas raras tenéis... Una niña no piensa en sus nietos. Si acaso en el esposo, en los hijos...

Reino de León, en torno al año 1200

22 **N**adie es capaz de señalar el lugar del cerebro donde anidan las ideas más tenaces; en todo caso, no surgen de la noche a la mañana. Llegan despacio, de manera imperceptible, como la noche que poco a poco invade una habitación, como un sordo dolor de muelas. Como las flores que se niegan a crecer. A veces parece que se dejan olvidar por un tiempo, semillas que se quedan en la tierra, obstinadas en pudrirse negándose a ascender hacia el cielo. Pero su limo cenagoso sigue ahí, impregnando los sueños, encauzando la vida por estrechos quehaceres y manías, preparado para emerger a la superficie con una fuerza inusual: son las obsesiones.

Una vez casada con el rey leonés, doña Berenguela se levantaba incluso más temprano que las criadas. Se vestía y se enrollaba el cabello en un moño apretado, que era como un muñón en un árbol enfermo. Ni le pedía la bendición al sacerdote ni le daba los buenos días a su esposo. Un gruñido, y nada más. Así indicaba a todos que iba a comenzar a rezar.

Y con las cuentas del rosario, contaba los meses que le faltaban para que su hijo mayor estuviera en edad de desposarse.

Después de un frugal desayuno, estudiaba los avances de la Reconquista con sus consejeros. Nunca le daba por reír ni comentar nada con ellos, pero tampoco parecía aburrirse: sus ojos azules de ave rapaz observaban la vida con indiferencia, indiferencia que se trocaba en avidez ante la contemplación de unos enormes pliegos de piel de cabra situados en la pared, en donde estaban representadas todas las genealogías europeas.

Siempre iba sola. Nunca buscaba la compañía de otras mu-

jeros de la corte a la hora de comer. Su norma consistía en no molestar a nadie y que nadie la molestara a ella, y al sumergir la cuchara en la asquerosa sopa de col, mentalmente escogía una princesa entroncada con un linaje imperial, doncella de muy alta sangre y buena hembra.

—¿Pan, mi señora?

—*Gruññ.*

Nada más. Ella no había pedido pan. Y al llegar la noche, cuando la sombra subía a toda velocidad por la ladera en la que se asentaba el castillo de la ciudad de Toro, seguía huraña y distante, sin decir una palabra.

Pensaba que ella misma estaría presente en el parto de su nieto.

Y discurría mientras intentaba conciliar el sueño que la tarea de convertir a un nieto en emperador de romanos no le iba a resultar nada fácil.

Así que todo su ser estaba dirigido por la obsesión. Obsesión que, silenciosamente, se apretaba en torno a sus piernas y su vientre y ascendía hasta el pecho ciñendo su seco corazón, y que mandaba sobre ella con crueldad y rigor, prohibiéndole el placer y la felicidad, y haciendo de toda su vida la expiación de una pena misteriosa. En veinticinco años había escuchado una o dos veces la música de gigas y chirimías de la corte, sin sentir absolutamente nada, y había ido una vez a patinar al lago helado. Jamás soltaba una buena risotada, ni acudía a los bailes, ni bromeaba con los hombres o se dejaba acariciar por ellos. No paraba ni cuando tenía que parir.

Cuando el vientre avanzaba, seguía como siempre, trajinando. Y cuando, alcanzada la sazón, sentía los dolores del parto, le decía al primero que pasaba por ahí: Eh, tú, «eso» ya está aquí. Se echaba sobre la cama, si no había cama cerca, en el suelo, se agarraba a los barrotes y ella misma se bastaba para salir del trance antes de que diera tiempo de avisar a nadie.

Cada vez estaba más absorta, más distante. Por las tardes se sentaba junto a la ventana y pasaba las horas con la mirada varada en un lejano punto del paisaje. Sus allegados le preguntaban: ¿Qué hacéis, majestad? Espero, musitaba ella después de un hosco silencio. ¿Esperáis?, inquirían ellos. ¿A quién esperáis? Pero ella se encogía de hombros: Tengo barruntos.

A veces sentía que se le apretaba el corazón, pero como carecía de palabras para expresarse, los sentimientos quedaban prisioneros.

Tenía un solo entretenimiento, una pequeña pasión: el cultivo de árboles frutales, a los que dedicaba el tiempo precioso de la siesta.

Por aquel entonces, la corte leonesa de Alfonso IX, *el Baboso*, era itinerante, León, Villafáfila, Ceinos, Astorga, Zamora..., pero pasaban la mayor parte del tiempo en un castillo muy próximo a la ciudad de Toro cubierto por la hiedra y el olvido, construido en una depresión entre dos lomas levemente dominantes, desde donde se divisaba la ciudad. Contaba con una sola torre llamada De la Vieja, cuyas almenas se recortaban en el cielo, irregulares y quebradizas, como dibujadas por la mano de un niño, y por donde a veces subían y bajaban las cabras. El resto del edificio era austero y sencillo, de piedra gris, con muros sobrios, sin apenas decoración. Por las diminutas troneras entraban y salían las golondrinas.

24

Hasta detrás del torreón de la Vieja, junto a un foso seco y excavado en la roca, llegaba una pequeña huerta húmeda que rodeaba la ciudad regada por los arroyos del Judío y de las Monjas, en donde crecían, a la buena de Dios, viñas, olivares, lino, cáñamo, algodón o zumaque. También había frutales y gatos dormidos bajo los naranjos polvorientos.

La pasión de doña Berenguela eran los injertos de ciruelo. La compartía con el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, el único con quien intercambiaba alguna palabra. Era un hombre de rostro azul, manos flacas y no escasas letras, que buscaba a Dios por la vía estricta del trabajo. Se había educado en Bolonia y París, y en esta última ciudad además de estudiar leyes, teología y medicina, había entrado en contacto con la filosofía de Aristóteles, principalmente con la ideas acerca de la mujer. Las malas lenguas decían que había tenido que dejar Bolonia por abusar de una joven, la hija del posadero, pero no eran más que rumores sin fundamento. La prueba es que nada más volver a Castilla, fue nombrado obispo de Osma y, posteriormente, arzobispo de Toledo, momento desde el cual había gozado de fama de santidad.

Su incesante actividad y celo le hicieron ocuparse de la sede

toledana, de la lucha contra los almohades, de fomentar traducciones del árabe en la Escuela, de escribir obras históricas y de fundar catedrales. Y cuando tenía un rato libre, recorría el mundo para traerse consigo cruzados para luchar contra la amenaza mora.

Aparte de cruzados, también traía ciruelas de las tierras del norte. Se trataba de especies nunca vistas, amarillas, peludas, en donde fermentaban unas pulpas superiores, más ácidas y abundantes, frutos con pieles suaves y claras, muy perfumadas, que la reina mezclaba con las piezas hispanas, de carne prieta y roja, de aspecto desagradable, pero de gusto exquisito.

El resultado de la mezcla de estas sangres era extraordinario: ciruelas de tamaño medio, ni dulces ni ácidas, rosas, que despedían fragancias untosas y carnales.

Pero a medida que fueron llegando los hijos, doña Berenguela también fue abandonando esta pasión; en su lugar, se dedicaba a la educación de los infantes con esmero y devota piedad cristiana, teniendo claro que lo que quería era formar varones guerreros y al mismo tiempo perfectos caballeros cristianos, sin dejar de poner especial hincapié en el estudio de las siete artes liberales. En cuanto a las hembras, su objetivo era prepararlas para que brillaran en sociedad (cazar con halcones, leer y escribir, jugar al ajedrez y tocar instrumentos musicales).

Con la corona puesta, porque realeza «obligaba» en todo momento, en un increíble despliegue de afecto, daba un beso de buenas noches a sus hijos.

A continuación se reunía con su esposo en la alcoba nupcial.

—¡Quitaos los zapatos! —ordenaba nada más entrar, y lanzaba los suyos al aire.

Si no estaba encinta, que era lo habitual, se alzaba el pellote hasta la cintura y con chasquidos de cabra le instaba para que tuvieran relaciones. No es que Dios la acompañase en esos momentos fundamentales, pero sí manifestaba su presencia en forma de hálito. Sólo un hálito que descendía por su cuerpo y que preparaba sus órganos femeninos. Entornaba los ojos hacia arriba, y dejaba únicamente visible el blanco de éstos, acercaba su desnudez a la del hombre, le agarraba por los pelos del pecho, como si fuera a desbrozar maleza, y se dejaba hacer. Porque si

bien ella tenía claro que esas «fornicaciones» eran un simple trámite que había que cumplir para quedar en estado, él estaba siempre dispuesto y disfrutaba como si fuera la primera vez.

Don Alfonso IX de León, *el Baboso*, era otra cosa. Su visión del mundo se circunscribía a seis elementos: los castillos, la espada, el vino, los moros, las mujeres y los higadillos.

Estaba convencido de que los riñones, los higadillos y demás cosas por el estilo que uno tiene «muy adentro» no funcionaban bien si no había sexo (se encharcan, le explicaba a su esposa). Decía esto y a continuación se arrancaba la camisa de cuerda y se bajaba el braguero de manufactura almohade hasta los tobillos. Con mucho más pudor, doña Berenguela se desnudaba sin quitarse la corona.

Terminado el acto (una presión de él sobre ella) la reina se ponía en pie.

—¡Poneos los zapatos! —volvía a gritar.

26 Se vestía y abandonaba la estancia. A lo mejor se veía obligada a cruzar con él alguna palabra, algún acontecimiento del día (le hemos ofrecido a Inocencio III la suma de 20.000 marcos de plata y el estipendio por un año de 200 soldados cruzados en defensa de la cristiandad para que nos conceda la dispensa matrimonial...), nada que pudiera penetrar la intimidad del otro, nada que pudiera comprometerla sentimentalmente.

—Porque no sé si os dais cuenta de que la declaración de nulidad acabaría con la unión entre Castilla y León.

Y él lanzaba bostezos de oso. O le respondía con una ironía: Veinte mil marcos de plata, ¿es el precio de la unión de Castilla y León o es el precio de nuestras coyundas?

No es que ella no le quisiera; más bien no le entendía, como se puede no comprender por qué un día llueve y otro sale el sol. No sabía si, ante sus comentarios socarrones, debía mostrar una actitud desenfadada o, por el contrario, levantar una barrera inexpugnable. En su mente, su esposo era como una pieza de ajedrez: el rey, torpe de movimientos pero fundamental. En realidad estaba asociado con la sola idea de la descendencia. Alfonso IX, *el Baboso*, le daría un hijo, y éste, por la gracia de Dios, un nieto al que convertir en emperador.

Así que las relaciones sexuales eran algo así como los días y las noches, la lluvia, el pan o las amapolas en abril.

Si un tiempo después comprobaba que estaba grávida, no volvía a solicitarle hasta pasado el parto.

A él le llevó su tiempo convencerse de que aquellas uniones no eran fruto ni del amor ni del deseo ni de la pasión, sino estrictamente del frío muladar de su mujer y de su sentido práctico de la vida. En las noches de invierno, seguía acercándose al calor de la cama. Sólo encontraba hielo.

Un día en que Alfonso IX, *el Baboso*, musitaba palabras de amor, ella dijo clavándole la mirada: No os confundáis, Alfonso, esto no lo hago por amor hacia vos.

Y añadió: Lo hago por amor hacia Castilla y, en última instancia (y volvía a poner los ojos en blanco), por el Sacro Imperio romano.

Carretas de amapolas

Corte de León, en torno a 1200

28

El amor hacia Castilla cambió mucho las cosas. Mientras doña Berenguela pasaba la mayor parte de su tiempo esperando junto a la ventana, don Alfonso IX de León, *el Baboso*, comenzó a salir por las noches en busca de coyunda (¡una gran mujer gorda es lo que quiero!, se le oía gritar al montar sobre el caballo). Al enterarse su esposa, decidió tomar cartas en el asunto. Esas salidas, discurría fríamente, podrían llegar a «dispersarle» de sus deberes conyugales. Pero antes de hacerlo, le comentó el problema y la solución que había encontrado a su único amigo el arzobispo de Toledo.

—Lo peor es que la contención no se aprende. —Estaban en la huerta y hacían hueco en la tierra para un ciruelo que habían decidido trasplantar a una zona más soleada—. Se nace siendo contenido o, por el contrario, no se nace. Como se nace siendo mosquito o no mosquito. Y Alfonso no es contenido. No digo que sea mosquito, pero no es contenido.

Don Rodrigo Jiménez de Rada hundió las raíces del ciruelo y volvió a tapar el agujero. Quedó de rodillas, reflexionando durante un rato mientras hurgaba en la tierra. Allí, en la sombra fresca de la huerta, lejos de sus obligaciones y embebido en la actividad de injertar ciruelos, se encontraba huido del mundo. Hacía un corte en el tronco de la variedad que iba a ser injertada, introducía la yema del otro ciruelo y cubría la zona abierta con unos paños; ya estaba. Sólo tenía que esperar a que prendiera. La aparición de una hoja, plegada aún, le llenaba de asombro.

A veces, al ver un pajarillo entre las ramas sacudiéndose el agua de las alas, o cuando se ponía a pensar en su madre, con la que iba a coger higos cuando era niño, se ponía a suspirar.

Otras veces, se sentaba bajo uno de estos árboles. Aspirando el olor amargo y algo pútrido de la carne de las ciruelas aplastadas contra el suelo, comenzaba a soñar. El pensamiento fluía libre, debatiéndose entre la culpa y el deseo, y algo visceral y prohibido, duro como el músculo de una bestia, se agitaba en su interior.

Pensaba en su criada, cuando un día un pañuelo se cayó al suelo y ella se dispuso a recogerlo; por un momento quedó así, inclinada, mostrándole el inicio de su pecho. Se imaginaba a sí mismo lamiendo esos pechos turgentes, mordisqueando sus pezones deliciosos. Pero esa visión cándida (y a la vez brutal) le secaba la garganta con una angustia desconocida: el miedo caía sobre él como un depredador. Cada vez más a menudo sentía que aquella paz del huerto de los ciruelos no podía ser buena y que, tarde o temprano, tendría que poner fin a la afición.

Se limpió el sudor de la frente con la manga volante del traje y dirigió la mirada hacia arriba para encontrar el rostro de su interlocutora.

—No. Contenido no es.

Se incorporó y se sacudió la tierra del manto. Durante unos minutos, siguió el revoloteo de un abejorro entre los hierbajos.

—Los centinelas impedirán que salga —prosiguió—, pero el «desasosiego de tripas» seguirá dando vueltas por la habitación como león enjaulado.

La reina le miró con aprensión.

—No os entiendo —dijo.

—Pues es fácil —explicó él— No me hagáis entrar en detalles... Tan sólo os diré que el hombre tiene humores exigentes, mucho más exigentes que los de la mujer.

—¿Humores?

—Sangre, flema, bilis de predominio amarilla. Eso por un lado; por otro, está el equilibrio de los elementos, «lo húmedo» con «lo seco», «lo frío» con «lo cálido», «lo amargo» con «lo dulce», ¿entendéis? Digamos que la enfermedad de vuestro esposo se debe a una desproporción, a un predominio del calor sobre el frío que acaba concentrándose en la sangre.

»En el caso del hombre, esto es algo que ocurre desde que fue expulsado del Paraíso. Por ello, el rey necesita fundamentalmente sosiego de tripas. Es su naturaleza, lo mismo que este ciruelo necesita agua y sol, ¿habéis dudado de cambiarlo de sitio para que le dé el sol? —Quebró una ramita seca y la miró—. Vuestro esposo necesita vuestro amor...

—¡Mi amor! —exclamó ella aterrada.

—Vuestro amor y vuestra disposición. ¡Dadle muestras de ellos!

Así que esa misma noche, doña Berenguela, deseosa de zanjar el asunto de una vez por todas, se dirigió a su esposo, que se estaba preparando para salir.

—Así que vais a salir, con el frío que hace...

Y quedaron un buen rato en silencio. Cuando don Alfonso, *el Baboso*, terminó de vestirse, ella le dijo:

—No debéis pasar más frío saliendo a estas horas. Explicadme lo que hacéis con esas mujeres moras que yo lo haré todo exactamente igual.

30

Pero en cuanto doña Berenguela se acostó, él volvió a salir de la habitación de puntillas. En el silencio de la noche, la reina oyó sus pasos escalera abajo y luego el galope del caballo.

—Es que yo a vos... no os veo muy dispuesta, muy «capaz» de dar en todo momento —le dijo el arzobispo al día siguiente en la huerta de los ciruelos—. Lo que os quiero decir son dos cosas. Primero, que seáis generosa de corazón. Segundo, que eso no impide que busquéis el sosiego de tripas de vuestro esposo de otro modo..., fuera de casa...

Doña Berenguela no daba crédito a sus oídos. Se acercó tanto al religioso que sintió su aliento impregnado de cebolla.

—¿Qué me estáis insinuando?

El arzobispo cogió una laya y, para no tener que mirarla a la cara, se puso a escardar la tierra.

—El universo —dijo apartando un par de piedras— es el campo de batalla entre el espíritu y la carne... Y vos, en lugar de atender a esta batalla, pasáis la mayor parte del tiempo junto a la ventana esperando absurdamente a quién sabe qué, ¿no es así?

Pero ella no contestó. En la corte se rumoreaba que a veces la reina hablaba de una dama nobilísima con rasgos nórdicos y cabellera dorada, pero que realmente se creía que no esperaba a nadie. Don Rodrigo dejó de escardar y la miró fijamente: porque las lenguas alevosas dicen...

—¿Qué dicen? —interrumpió ella.

—Dicen que en puridad os esperáis a vos misma —el arzobispo carraspeó un poco—, a la dama que os hubiera gustado ser... Bueno, pues yo os recomiendo que no lo hagáis. Esperar puede convertirse en una pasión y esa pasión puede llegar a extrañaros de la gente y en última instancia de vos misma. —Volvió a carraspear—. Pero volvamos al asunto de vuestro esposo. Lo que os estoy tratando de explicar es que el hombre tiene una naturaleza distinta a la de la mujer desde que fue expulsado del Paraíso, y que si queréis tener al rey feliz y controlado, hay que empezar por ahí, por las tripas.

—¿Y qué pasa si las putas se preñan? —quiso saber ella.

Don Rodrigo dejó caer la laya al suelo. Acababa de ver una succulenta ciruela que colgaba del árbol. La arrancó y le pegó un mordisco.

—Hijos del placer no reinan —contestó disfrutando del sabroso bocado—. Pero, mujer, ¿no veis que esto no es más que una argucia más del diablo? Combatamos al diablo con sus mismas tretas.

Así que ella misma se ocupó del asunto. En los fríos atardeceres de invierno, hacía entrar en la habitación de su esposo a mujeres de senos vibrátiles y poca sesera, vestidas con poca ropa para una noche de amor salvaje. Al amanecer, perfectamente serena y tibia, las sacaba del brazo.

Pero la cosa no resultó ser tan sencilla como parecía a primera vista. Porque si bien estaba claro que el hombre tenía humores exigentes, en lo que no cayó en la cuenta don Rodrigo es que la mujer está dotada de un afán de fisgoneo aún más exigente. Después de varias semanas, la reina empezó a darle vueltas a lo que ocurría allí dentro, sobre todo porque don Alfonso, *el Baboso*, se mostraba cada vez más alegre y saludable. Así que se hizo instalar una cortina en esta alcoba, detrás de la cual puso una silla.

Mientras el rey de León pasaba los que serían los mejores

días de su vida, libre, despreocupado, entonando cancioncillas picantes con aquellas mujeres, contento de sentirse querido (o al menos, «atendido»), ella, la columna vertebral anclada en el respaldo del asiento, apretando un pañuelito sudoroso, se dedicaba a compartir los jadeos, las risas y las salvajes miserias de los otros dos sin mover ni un solo músculo.

Como tampoco le vibró ni un sólo músculo cuando por fin llegó la respuesta del Papa con respecto a la validación de su matrimonio. Fue el propio Jiménez de Rada quien viajó desde Toledo para entregarle la carta con el lacre papal: no concesión de la dispensa y exigencia, incluso mediante la excomunión, de la separación de los esposos.

Batalla de las Navas de Tolosa

Corte castellana, 1204-1217

Hasta ese día de 1204, doña Berenguela había sentido el destino (o Dios, o la necesidad) suspendido sobre su cabeza como una nube. El destino era cobijo, moco, un tipo de amor; y aunque a veces era caprichoso, el destino era cómodo. Su rígido esquema mental le impedía actuar movida por nada que no fuera la fuerza de ese destino. Dios la había engendrado para ser abuela de un emperador de los romanos. La vida era fácil, no había que elegir ni que decidir. Sólo tenía que despertarse cada día, comer, trabajar y fornicar, dormir, ¡respirar!, «para ser» abuela. Pero ahora, con el empeño del Papa por acabar con la «nefanda cópula» (ésas eran las palabras literales) se extendía por todas las cosas una sensación de vaguedad y despropósito. Oía el repicar de las campanas de la iglesia vecina, y le parecía que aquel sonido era algo incomprensible; contemplaba las ciruelas en los árboles, y sentía que aquel «rojear» nada tenía que ver con la vida; veía crecer a sus hijos y nada se agitaba en su pecho.

Todo se iba al traste, sus sueños, su matrimonio, los derechos sucesorios. Y por si fuera poco, hasta que los cónyuges no se separaran, quedaba prohibido celebrar en el reino oficios religiosos, administrar sacramentos o tocar campanas, incluso los muertos permanecían en casa sin poder ser enterrados religiosamente. Sus hijos crecerían bajo la tara de la ilegitimidad, ¿qué pensaría de ella el pueblo castellano?

Por primera vez en su vida, sintió que su fe se tambaleaba.

Aconsejada por don Rodrigo Jiménez de Rada, abandonó su afición por los injertos. Arrambló con trajes y almohazas, ollas, cortinas y ciruelos arrancados de cuajo y volvió a la corte castellana de su padre dejando a su hijo mayor el infante don Fernando en León.

Una sensación de torpor volvió a arrastrarla a su puesto en el tabuco ventanero. Se trataba de un espacio abocinado con ventana aspillera, construido en la torre del homenaje del castillo, con poyos en el grosor del muro que las mujeres de la corte utilizaban para sentarse a bordar, tocar un instrumento o simplemente charlar mientras cascaban nueces.

En los grises días posteriores a estas noticias, la reina pasaba allí el día entero. Ni dormida ni despierta, con esa especie de espantoso bienestar que encuentra uno en lo más hondo del desánimo, espiaba el entrechocar de la loza que llegaba de la cocina, a las criadas tendiendo la ropa blanca en los prados próximos al castillo, sus risas, sus conversaciones y sus amoríos con los caballeros: la vida «fuera de ella».

34

Y cuando alguien le preguntaba qué hacía allí, en la ventana, erguía el pescuezo como una gallina para fijar la vista en un punto lejano del paisaje. En sus pupilas se encendía una llamita y toda ella quedaba dura, quieta durante unos instantes. Decía: Espero.

Entonces se extendía el silencio, penetraba por todas partes como una niebla espesa hasta que acababa confundándose con ella. Berenguela era el silencio y el silencio era Berenguela.

Al cabo de un tiempo, las criadas se dieron cuenta de una cosa: un día a la semana, su puesto en el tabuco quedaba vacío. Por la tarde salía del castillo y se lanzaba al campo con una urgencia difícil de explicar con palabras. Cruzaba los arbustos enganchándose en las espinas, hollando las flores, y por fin se montaba sobre una mula que andaba suelta por el patio de armas. Franqueaba la verja y se alejaba al trote.

Adquirió el hábito de salir todos los martes sin que nadie supiese adónde iba.

Algunos decían que se dedicaba a hacer extrañas transacciones con los campesinos, otros se empeñaban en haberla visto retozando con un hombre por los prados, incluso algunos afirmaban que se dedicaba a perseguir sus propias huellas por

el campo; pero lo cierto es que todo eran suposiciones y habladurías difíciles de creer. Volvía a la hora de cenar, con restos de barro hasta en el moño, la mirada afiebrada, con desgarrones en la ropa y arañazos en las manos. Se metía en su alcoba y no volvía a salir hasta el día siguiente.

A las cinco de la mañana, abría los ojos de golpe. Decía: ella va a venir. Saltaba de la cama y trotaba por el pasillo como una perra coja para instalarse en su puesto de la ventana.

Y así un día y otro día, tiesa frente a la ventana, un mes y otro mes, sin pronunciar más que tres palabras seguidas, un año y otro año, y se pasaba la vida.

Incluso llegó a alertar al arzobispo de Toledo, que, después de haber desaparecido casi misteriosamente de la corte, había regresado por orden expresa del rey don Alfonso VIII, padre de doña Berenguela.

Corrían rumores por aquel entonces de que el poderoso califa Muhamad al Nasir, Miramamolín, como le llamaban los cristianos, estaba preparando un ejército en Marrakech para emprender una gran campaña en tierras cristianas. Con la ayuda del arzobispo, el rey castellano había logrado convencer al papa Inocencio III sobre la conveniencia de proclamar una santa cruzada contra los almohades del sur de la Península. Y mientras los monarcas peninsulares intentaban arreglar sus diferencias para unirse contra el enemigo musulmán, don Rodrigo consiguió agrupar en las afueras de la ciudad de Toledo a huestes, mesnadas y milicias, así como a caballeros cruzados reclutados en su mayor parte de Alemania, Francia e Italia, para la batalla que se avecinaba. Pero estos cruzados, hombres violentos e ignorantes, estaban acostumbrados a las tropelías y no entendían la convivencia pacífica y el intercambio de culturas que reinaba en ciudades como Toledo. Así que acababan de asaltar la judería, asalto que había ocasionado muertes y desorden.

Era un asunto sumamente delicado; don Alfonso VIII estaba vinculado afectivamente a esa judería porque había tenido una relación amorosa con una judía llamada Raquel, que vivía en Toledo, y de la que tuvo un hijo.

Pero antes de ir a darle explicaciones sobre estos hechos, el arzobispo no pudo evitar fisgonear por el pequeño huerto ro-

deado de altas empalizadas de cañas secas trasladado a la corte castellana. Lo que en otros tiempos había sido un vergel, era ahora un erial. Con la punta del pie levantó los terruños y los arroyos secos invadidos por las ortigas y las zarzas. Los surcos que habían hecho para plantar los ciruelos injertados se habían convertido en zanjias pedregosas y cubiertas de maleza, y los pocos frutales que quedaban se curvaban sobre sí mismos. Moribundos. Suspiró profundamente. En su fuero interno echaba de menos las conversaciones bajo los frutales, los paseos por la sombra fresca, la siesta, el olor de las ciruelas podridas, el fluir del pensamiento..., pero estaba convencido de que la felicidad era rebelión de la carne, sospecha que había que desterrar.

El diablo estaba detrás de los placeres de la vida, se escondía en las conversaciones, en la sombra, en el recuerdo de su madre, en el olor de las ciruelas injertadas y sobre todo en los senos de las criadas; y no sería él quien diera alas al diablo.

36

Le habían advertido de la extraña actitud de doña Berenguela en su puesto de la ventana, de su aspecto destartado y de que estaba ausente la mayor parte del día: loca y vieja, le dijeron, como si un gran dolor le estuviera royendo por dentro. Pero al verla, el arzobispo no tuvo esa impresión. Seguía vistiendo el brial oscuro y austero de siempre, con el cordón demasiado ajustado que le resaltaba los pechos flácidos y el vientre hinchado, y tenía el cabello recogido en una cofia con crespina. Pero su rostro reflejaba una extraña luz interior, apacible, una pizca de felicidad que nunca tuvo.

—Majestad —dijo inclinando levemente la cabeza, con esa mezcla de cordialidad jovial y de indiferencia propia de las más altas jerarquías religiosas—, cuánto tiempo...

Quiso decir: ¿qué tal nuestros injertos?, pero no se atrevió. Le dio vergüenza, porque sabía que durante mucho tiempo, desde que había empezado a encargarse del asunto de la Cruzada y de la gran batalla contra los almohades, la había dejado sola en una empresa que siempre había sido de ambos. Y sobre todo era consciente de que a pesar de que había tenido varias entrevistas con el Papa por el asunto de la cruzada, no se había molestado en interceder por su matrimonio.

—Tengo entendido que pasáis los días aquí, en la ventana... Ella se giró lentamente hasta quedar frente a él. Alzó la ca-

beza para mirarle. Pero era una mirada ciega, como si mirara a través de su cuerpo o no le viera en absoluto.

—Espero —dijo.

—¿Esperáis?

—Espero.

—¿Y a quién esperáis?

—Tengo barruntos.

—Barruntos... ¿Barruntos de qué?

—Ella tiene que venir en cualquier momento.

Don Rodrigo se quedó pensativo.

—¿«Ella»?

—La princesa del norte.

—Como sabéis —prosiguió el arzobispo—, los cruzados acaban de derribar los adarves de la judería de Toledo, y no os quiero ni dar cuenta de lo que ha pasado allí dentro. Vuestro padre, el rey, está enojado conmigo, piensa que en parte es mi culpa por no haber tomado las precauciones debidas, cuando, en rigor, no..., en fin. Antes de ir a verle para presentarle mis disculpas, he pensado que lo mejor sería hablar con vos. Como también habréis escuchado, vuestro esposo, el rey de León —carraspeó—, quiero decir, vuestro ex esposo, es el único que ha puesto condiciones territoriales a la unión de los reinos peninsulares contra el califa Miramamolín...

El arzobispo hizo una pausa. La reina seguía con esa mirada ciega y estaba claro que no había escuchado nada de lo que había dicho. El crepúsculo invadía la sala con una luz anaranjada. Afuera, el viento mecía las espigas de trigo.

—¿De qué norte es esa princesa? —dijo de pronto.

—Del norte. ¿Es que hay más de uno?

—Vos sois la que mejor conocéis al rey de León... —siguió el arzobispo—. Y había pensado que a vuestro padre le gustará saber que tenemos la manera de convencerle..., está tan disgustado con el asunto de la judería... Tal vez si fuerais hasta León para hablar con él... Nobles caballeros, obispos y compañías de soldados venidos de ultrapuertos esperan, como también los castellanos de las merindades, de las señorías de Villa y Tierra y de Extremadura, vascongados, navarros y los aragoneses de... —Se detuvo por un momento para coger aire y seguir hablando, pero, en ese momento, oyó:

—Estoy muy ocupada.

—¡Ocupada! —rezongó él—. Bueno..., si llamáis estar ocupada a pasar los días esperando a que... —Suspiró—. Todos nos obstinamos en esperar, pero es un absurdo. —Hizo una señal con una mano hacia la ventana—. Por ahí no va a venir nadie...

La reina rebulló. Parecía enojada.

—No avisa —dijo, y volvió a fijar la vista en un punto lejano del paisaje.

El arzobispo chasqueó los dedos e inmediatamente entró una criada que le sirvió un vaso de vino. Hizo esfuerzos sobrehumanos por no mirarla, pero sus ojos se fueron tras de ella y doña Berenguela lo notó. Estaba nervioso. Desde que salió de Toledo, había estado preparando mentalmente su entrevista con el rey. No sólo estaba en juego su reputación en el asunto de la Cruzada, sino también sus aspiraciones. Porque en aquel momento, luchaba por la primacía de la sede toledana frente a ciudades como Braga o Santiago, y el rey castellano tenía mucho que decir en aquello. Estaba seguro de que si lograba involucrar al reino de León en la batalla, el padre de doña Berenguela olvidaría el asunto de la judería.

—Estuve con Inocencio III...

—Lo sé.

—Bueno..., no comenté nada porque lo de vuestro matrimonio es una batalla perdida... —contestó mientras daba un primer sorbo al vaso de vino—. ¿Sabéis?, a veces la vida no le da a uno lo que desea, y uno espera y espera pacientemente, inventa excusas para seguir esperando e inventa ilusiones de las que alimentarse. —Fue hasta la ventana—. Pero afuera ocurren cosas. El ejército de Miramamolín pasa de los doscientos cincuenta mil hombres y no tardará en ponerse en marcha hacia Jaén y Sierra Morena. Necesitamos la unión de todos los reinos cristianos, y necesitamos que vayáis a convencer a vuestro ex esposo.

—¿Por qué desaparecisteis? —le interrumpió la reina, como si no hubiera oído nada de todo lo anterior.

El otro sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

—Yo también tengo mi propia batalla —dijo al cabo de un rato.

Y

Tanto insistió don Rodrigo en aquel viaje a León que al día siguiente, después de comer, la reina dispuso un séquito de damas, escuderos, mozos de cuadra, herreros, acemileros y doncellas para hacer el recorrido desde Valladolid. Antes de salir, doña Berenguela puso sus condiciones: hablaría con su ex esposo, pero el otro tenía que conseguir que el Papa le concediera la dispensa matrimonial.

La carroza tirada por caballos avanzaba lentamente traqueteando por los caminos de baches; de vez en cuando saltaba un pedazo de tierra apelmazada, una piedra junto al casco de los caballos. El arzobispo y doña Berenguela iban acoplados entre mantas, invadidos por el sopor de la tarde, cabeceando un poco. Dejaban atrás villas y pueblos. Castroverde, Ureña, Villalpando, y los adornos dorados de los costados y los arcos de la carroza proclamaban a los cuatro vientos la importancia de sus ocupantes a los campesinos de los lugares que iban dejando atrás.

39

—Todos los pueblos cristianos unidos en uno —iba diciendo el arzobispo con tono monótono, casi como si estuviera dando la misa—. Será la batalla más hermosa y decisiva de la Reconquista.

—Sí, un solo pueblo —contestaba ella—, pero en cuanto el impulso de la Reconquista se debilite, cada uno por su lado a fastidiar al prójimo. Porque ése es el modo de ser del hispano: individualista y cabrón.

Pueblos y aldeas encaramados en lomas, temblando entre el calor, miserables, de adobe o cortos, pelados, larguísimos como longanizas, monasterios e iglesias, esqueletos de animales muertos, calles pobladas de malas hierbas y gentes, nubes de niños que los seguían al pasar, una mula que masticó una flor. También alguna ciudad con calles malolientes y excrementos, rodeados de ríos contaminados con los despojos de los carniceros y los desechos de los curtidores.

Dormitaban, entregándose lentamente al bamboleo de la carroza, propinándose cabezazos.

—Sé que desaparecisteis por miedo —dijo doña Berenguela de pronto—. Un día os atrevisteis a decir que yo no es-

peraba más que «a mí misma» junto a la ventana; pues bien, vos «huis» de vos mismo, que es mucho peor.

—Yo no tengo que huir de nadie y menos de mí mismo sencillamente porque soy libre —replicó él—. Libre y feliz. Hago lo que me viene en gana desde que me levanto hasta que me acuesto.

Ella se incorporó indignada.

—Eso es lo que vos creéis —dijo—. Todos los días os levantáis, sí, contempláis el sol elevarse sobre la llanura, inflarse para sacar al mundo de la terrible oscuridad en la que se encuentra; todos los días, mientras comenzáis a moveros, a rezar, a comer, a bostezar, a sentir «creyendo» que sois libre. Pues bien, no lo sois. No sois nadie más que el reflejo de lo que «otros» esperan que seáis. Creéis que sentís simpatía hacia el rey y hacia mí, ¿verdad? Pues no, aunque ni siquiera seáis conscientes de ello..., el rey es un estúpido arrogante y yo soy un témpano de mujer. Pero si no nos sonreís, si no nos conquistáis con vuestras mercedes, diremos que no tenéis un carácter agradable. Y vos necesitáis tener un carácter agradable porque anheláis vender vuestra persona y vuestros servicios... Así son las cosas y así lo serán siempre; viviréis durante mucho tiempo, un día tras otro, hasta que os llegue la muerte. Y lo peor de todo: llegará la muerte, el Juicio Final, y ni siquiera os habréis dado cuenta de todo esto que os estoy contando. Estaréis ante el rostro de Dios y ¿qué habréis tenido? Porque, vamos a ver, arzobispo de Toledo, ¿en cuántos momentos de vuestra vida habéis sido realmente feliz, eh?

Don Rodrigo estaba ofuscado.

—En much... Yo he sido y soy feliz en el sacrificio.

—No juntarán ni una hora. Una hora de felicidad para todo lo que lleváis de vida. —Doña Berenguela se quedó unos instantes en silencio. Luego añadió—: Y os diré algo más con respecto a «la espera»: tener a alguien a quien esperar es mucho más hermoso que no tener a nadie: alienta y consuela, da un sentido a la vida.

Pero a don Rodrigo no le dio tiempo a decir nada más. En ese momento, los caballos arquearon los lomos y amusgaron las orejas. La carroza se detuvo en seco y la cabeza de don Rodrigo golpeó la de la reina. El primero en salir del anonada-

miento fue él (se había dado un buen golpe), porque después de un rato, doña Berenguela seguía tal y como había quedado, es decir, ligeramente inclinada hacia un lado. Sin dejar de sujetarse la cabeza, decidió echar un vistazo fuera.

Nada más salir, se encontró con una carreta atravesada en el camino. Tenía un asiento de madera forrado con una estera y un techo curvado de cañas, cubierto de lona blanca. En la parte trasera transportaba un ingente arcón de madera con refuerzos de herraje que parecía un armario de lejos.

—¿Qué hacéis ahí en medio? —le gritó al carretero, un hombre de aspecto sucio y estrafalario, con la cara hosca y los ojos inyectados en sangre—. ¿No veis que en esta carroza viaja la reina de Castilla, doña Berenguela? ¡Dejad paso!

El carretero levantó los ojos para echar un vistazo a la carroza real, pero no contestó nada. Entonces la reina sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Que lleváis ahí dentro? —le increpó.

El hombre le miró con sus ojos negros rebosantes.

—¿Qué qué llevo aquí dentro? ¿Y vos me lo preguntáis? —dijo, y empuñando precipitadamente las riendas, arreó a sus mulas para ponerse en marcha—. ¡Vuestra maldita obsesión, eso es lo que llevo dentro!

La carreta se hizo a un lado, y la comitiva real prosiguió. Dentro de la carroza real flotaba un silencio helado. Nadie se atrevía a comentar las palabras del carretero, y en todo caso, a don Rodrigo le seguía molestando el golpe de la cabeza y sobre todo las últimas palabras de la reina. Poco después, en un paraje cercano a la villa de Mayorga, bajo unas nubes grandes y espesas, los caballos comenzaron a caracolear de nuevo y la comitiva tuvo que detenerse. Bajaron. El arzobispo delante y doña Berenguela detrás. No serían más de las cuatro, pero la tarde se cernía sobre ellos como una amenaza, y parecía noche cerrada.

Aquel horrible arcón con aspecto de armario yacía ahora en medio del camino, solo, sin el carretero. Don Rodrigo dio dos o tres zancadas con intención de abrirlo y salir de dudas, pero al llegar hasta él, el corazón comenzó a galoparle en el pecho y detuvo el brazo. Unos cuantos metros por detrás, estaba doña Berenguela. El páramo oscuro, fresco, amarillo los envolvía. Ella le azuzó:

—¡Abridlo de una vez, arzobispo!

Así que, con la mano un poco temblorosa, don Rodrigo levantó la tapa.

De dentro salió un rumor y a continuación una masa amorfa se elevó dibujando círculos concéntricos. Eran murciélagos.

En un abrir y cerrar de ojos abarcaron el cielo con su vuelo torpe, subían y bajaban atravesando el moño de la reina y las ropas del arzobispo para volver a salir. Uñas que rasguñan, ratas de la obsesión, pájaros del miedo —decía ella—, ya están aquí, en mis ojos. Estuvo así durante un buen rato, don Rodrigo intentando sacarlos, hasta que de pronto se reagruparon, alzaron el vuelo y desaparecieron entre los árboles.

Luego ocurrió algo aún más extraño. Doña Berenguela se palpó lo que le quedaba de moño. A continuación bajó los brazos, fijó la vista en una encina, se dirigió hacia ella con determinación y comenzó a hablar.

—Lo sé —dijo—, lo sé. Sé que llegará en cuanto estemos preparados y que mi obligación es esperar. Pero es que va a tener lugar una gran batalla, una de las más importantes de la Reconquista, y me piden que vaya a hablar con mi ex esposo para que el reino de León también esté presente...

El arzobispo miraba atónito: ¡la reina hablaba con una encina! Le habían dicho que estaba trastornada, pero nadie le había dicho que sufriera alucinaciones. Al cabo de un rato, doña Berenguela volvió con el gesto grave.

—Tenemos que regresar a Valladolid —dijo.

—¿Y quién lo ha dicho? —quiso saber don Rodrigo echando un vistazo a la encina.

—Lo ha dicho ella —respondió la otra—. La princesa.

Era la primera vez que le oía nombrar a la «princesa», aunque muchos en la corte ya le habían oído hablar de una mujer alta y hermosa, una princesa del norte de suaves facciones, con el cabello rubio y ondulado. Pobre reina, realmente estaba tan mal como se decía.

—¿Y qué motivos tiene la princesa para que no vayamos a León?

—Dice que tengo que estar en mi puesto, esperándola, y que, de todos modos, don Alfonso IX, *el Baboso*, no va a apoyarnos en la batalla. Ya está pactando con los moros.

Don Rodrigo se paró a pensar unos minutos; podía dar marcha atrás en cualquier momento, aquéllos eran sólo instantes de confusión. Podía acabar con aquella conversación absurda que acababa de empezar, tomar a la reina del hombro, susurrarle palabras cariñosas, hacerle subir a la carroza, conducirla hasta el castillo, decirle a su padre lo que ya sospechaba éste, es decir, que su hija estaba mal de la cabeza y que sufría alucinaciones, y encerrarla en una de las dependencias.

En realidad, no era la primera vez que pasaba por una situación parecida. Ya tenía la experiencia de su madre.

Fue justo cuando él volvió de Bolonia, antes de que fuera nombrado arzobispo. La madre comenzó haciendo cosas extrañas como echar azúcar al guiso en lugar de sal, sacar a pasear a los gatos de una correa, a confundir limones con huevos, a olvidarse de adónde había ido esa mañana o lo que acababa de comer; luego del nombre de las personas (a él empezó a llamarle Diego, que era el nombre de su padre). Hasta que dejó de vestirse por las mañanas para deambular desnuda por la ciudad. Don Rodrigo, preocupado, la llevó a que la vieran los físicos.

43

Después de una larga exploración consistente en observar los caracteres de la orina, le dijeron que tenía al demonio encajonado en la cabeza y que había que hacerle una trepanación.

Al arzobispo, lo de perforarle el cráneo le pareció muy arriesgado, pero tanto insistieron los físicos que se acabó haciendo. Extirparon al demonio, pero ella murió en la mesa de operaciones. Su madre lo era todo para él y aquella muerte había sido el golpe más duro de su vida. Ni siquiera hoy creía haberlo superado. No había ni un solo día que no pensara en ella, que no se lamentara de que no le había visto convertido en arzobispo de Toledo, que no pensara que tenía que haberse negado a la operación. Pero ¿y si aquellos murciélagos que acababan de desaparecer entre los árboles también eran demonios?

Mientras se llevaba la mano a la cabeza (le dolía mucho y empezaba a sentir vértigos), mientras comentaba con doña Berenguela que el rey de León siempre había sido amigo de los moros, se justificó pensando que lo único que hacía era retrasar un poco el instante de enfrentarse con la verdad. No se dio cuenta de que no sentía ninguna prisa por negar nada hasta después de haber preguntado a la reina madre con naturalidad

que de qué reino procedía la princesa y por qué motivo iba a venir a Castilla.

El caso es que ocurrió lo que se temía; no hubo manera de convencer a doña Berenguela de que tenían que seguir hasta León y la carroza real volvió a Valladolid. Justo antes de ponerse en marcha, don Rodrigo echó un vistazo rápido a la encina. No la encontró por ninguna parte.

En su lugar, le pareció ver una vaga figura, una sombra que se deslizaba entre los árboles.

Meses más tarde, el rey de Castilla y el arzobispo de Toledo volvían a la corte con las armaduras salpicadas de sangre e incrustadas de tierra, una masa de chatarra abollada por el triunfo de las Navas de Tolosa. En la mano, a modo de pendón, un pedazo de la tienda de Miramamolín. La gran batalla había tenido lugar en septiembre sin las huestes leonesas, ya que, tal y como había dicho doña Berenguela (¿o era la princesa?), don Alfonso IX de León, *el Baboso*, ya había pactado con los moros.

44

Poco tiempo duraron las celebraciones. Durante las noches posteriores a la victoria estuvieron pasando cosas, cosas sin conexión entre sí, pero con un destino concreto.

Como si con aquella batalla hubiera dado el gran coletazo de su vida, murió don Alfonso VIII de guisa inesperada, en la aldea abulense de Gutierre Muñoz: cuida de tu madre, le imploró a doña Berenguela en el lecho. Días después, su madre le dijo: Te nombro tutora y regente de tu hermano Enrique, el rey de Castilla. Y tan sólo veintiséis días después del fallecimiento de su esposo, la encontraron tiesa un amanecer, sentada en el tabuco ventanero del castillo, sin descomponer el gesto ni la figura, como si estuviese dormida.

Al estar muertos los padres de doña Berenguela, don Rodrigo pensó que era el momento de poner fin a toda aquella invención de la princesa. Pero por muchas vueltas que le daba, no acababa de atreverse. En realidad, no volvieron a hablar entre ellos de lo ocurrido en el paraje de Mayorga, del arcón, de los murciélagos y de la sombra que se deslizó entre los árboles, y a él siempre le quedó la duda de si todo aquello no había sido más que producto de su propia imaginación, una consecuencia

del golpe en la cabeza. Así que se dejó llevar por la rutina, por el paso del tiempo, hasta que un día se dio cuenta de que, en puridad, todo el mundo en la corte hablaba de la princesa. Llegaría en cualquier momento, decían, y se esmeraban por tenerlo todo dispuesto.

Además, algunas veces, en el desasosiego febril de los insomnios, oía ruidos: un chillido profundo parecido al de los murciélagos ascendía desde una lejanía infinita, aumentaba progresivamente y lo engullía todo. En el desamparo de las noches, le consolaba pensar en lo que doña Berenguela le había dicho: tener a alguien a quien esperar es mucho más hermoso que no tener a nadie.

Muerte de don Enrique, «el de la teja...»

Autillo de Campos, Palencia, 1217

46 **P**orque eran tiempos confusos de misterios insondables e ignorancia, en donde el hombre luchaba por comprender su existencia, aunque no sabía cómo; tiempos de arbotantes y herejía y de cosas naturales y confusas, estúpidas como el aire; tiempos de cielos surcados por plagas y caballos apocalípticos en los que Dios arrojaba luz, pero también mucha sombra.

Entre la resignación y la luz, estaba el mundo; más allá, representadas en viejos mapas de pergamino coloreados, entre mares verdes y continentes amarillentos de límites brumosos, Irlanda, Escocia, Noruega eran tierras de barbarie. *Stupor mundi*. Bestias que emergen del mar con la boca llena de blasfemias. En el mundo conocido se construían catedrales y se reconquistaban territorios en el nombre de Dios, y, sin embargo, los hombres eran incapaces de comprender nada. Admiraban esos monstruos contruidos con sus propias manos y bebían la sangre del Cristo Redentor, pero el ojo seguía buscando algo en los confines del horizonte.

Para no enemistarse con los que tenían el poder militar y podían crear problemas en el caso de nuevo ataque de los moros, doña Berenguela acabó cediendo la regencia de su hermano a don Álvaro Núñez de Lara, ricohombre que tenía su propia esfera de poder y sus vasallos. Pero la ambición de este magnate llevó al reino a la guerra civil entre las dos grandes familias clan que existían en el momento: los Lara y los Haro.

El enfrentamiento terminó con una nueva muerte: mien-

tras el joven rey don Enrique jugaba con otros donceles en el casón del señor obispo de Palencia, le cayó una teja en la cabeza que acabó con su vida.

La reina no tardó en enterarse. Estaba cerca, en la fortaleza de Autillo de Campos, propiedad de un amigo noble, doblada sobre una mesa, absorta, tratando de encontrar la mejor manera de dirimir el problema de la guerra civil con su curia (entre cuyos miembros estaba el arzobispo), cuando le comunicaron la noticia.

—Hay algo que debéis saber —le susurró un noble al oído.

Doña Berenguela sintió en sus carnes la cuchillada de la intuición: algo terrible le había ocurrido a su hermano; eran los ricoshombres, le habían asesinado y estaba a punto de escucharlo. Otra muerte más. Se incorporó. Tenía un revoloteo de pájaros en el interior de sus ojos. Animales que habitaban su cabeza.

—Ahora no tengo tiempo para escuchar nada —dijo sin alzar la vista.

—Es importante...

—Decidme lo que tengáis que decirme con rapidez y concisión. No tengo toda la vida...

Estaba muerto, aunque no le habían asesinado. Al menos no exactamente. Había ocurrido un accidente mientras jugaba con otros donceles. Una teja se desprendió sobre la cabeza del rey, que quedó tendido en el suelo. Buscaron al mejor físico, le practicaron una trepanación craneal y, a pesar de que la operación fue un éxito, Enrique había muerto. Núñez de Lara ordenó trasladar y esconder el cadáver en el cercano castillo de Tariego, una de cuyas torres se habilitó para cámara mortuoria.

—Ya.

—Lo lamentamos muchísimo, su majestad.

El rostro de doña Berenguela no dejó entrever emoción alguna. Parecía absorta, dedicada a contemplar el suelo: ¿qué tipo de insectos eran aquellos que andaban por ahí? Se amontonaban en una esquina y permanecían inmóviles. Una inmovilidad violenta. Mentalmente, aisló uno de ellos: tenía el lomo cubierto por un duro caparazón, ojos negros como puntas de alfiler y cuando chocaba contra la pared o la pata de una silla, replegaba las patitas y encogía el cuerpo, ¿era un saltamontes?

No era la primera vez que veía aquellos bichos, y no sólo por los prados. También en las casas, incluso en algún rincón de palacio...Y ahora que pensaba en ello, había visto muchos: quietos, duros, pequeños rostros que miraban sin mirar. De pronto le asaltó un pensamiento.

Pensó que algo definitivamente lejano le vinculaba a aquellos insectos, que esos ojos sin párpados le hablaban de una vida en común. De hecho, ya se lo había insinuado Alfonso, su esposo *el Baboso*, con una de sus ironías. Fue un día en que caminaban juntos por los pasadizos del castillo de Toro y en una esquina vieron uno de ellos. Él se acercó e intentó cogerlo con la mano. Dijo: Mirad, cuando se le molesta, parece que se le aprietan las carnes. —Y añadió soltando una carcajada—: Como vos, Berenguelita, que no hay quien os abra el caparazón.

Doña Berenguela apuntó al suelo con el índice.

—¿Qué son? —preguntó.

48

Nadie le supo responder («¿saltamontes?»), y, en todo caso, no estaban preparados para que la reina preguntara aquello en ese momento tan delicado. Por la noche se celebró un consejo secretísimo en el que se decidió traer a Castilla al hijo de Berenguela, don Fernando, que por entonces seguía en Toro con su padre.

Pero la reina seguía teniendo en la cabeza la mirada de aquellos bichos que le penetraba como una advertencia. Días después, le comunicaban que Alfonso IX, *el Baboso*, al saber que Enrique había muerto, se había presentado ante las puertas de la ciudad con una poderosa hueste y reclamaba para sí el trono como legítimo heredero. Pero ella sabía que contaba con el apoyo de la ciudad: por todos los caminos se veían avanzar columnas de hombres y mujeres provenientes de todas las Castillas, deseosos de ser testigos del alzamiento de un nuevo rey. Así andaban las cosas entre los que habían sido marido y mujer.

Pero estos otros magnates se dirigían a ella como si ya fuera la reina, lo que le molestaba un poco. ¿O era la muerte de su hermano lo que le molestaba, el hecho de que lo hubieran escondido moribundo? Como siempre, no sabía localizar el origen del malestar.

De madrugada, antes de que apuntara el día, salió del recinto de las casas reales y salió a dar un paseo sola a orillas del río. Caminó hasta el puente de tablas y desde allí contempló el agua transparente del Pisuerga. Al otro lado de la orilla, en un frondoso soto de olmos, pastaba un buey solitario. Con gran esfuerzo trató de recogerse y de pensar en Enrique. Dios ya le había arrebatado un niño recién nacido hacía años. Luego a dos hermanos, el infantillo Sancho, de tan sólo dos meses, y también al primogénito de los reyes, don Fernando; a continuación a sus padres, de golpe, sin ningún sentido, sin haberles dejado tiempo para disfrutar de la victoria de la batalla de las Navas. Ahora se llevaba a Enrique..., ¡un niño de trece años con toda una vida por delante como rey! Cogió una piedra y la lanzó al río con rabia. Al oír el chapoteo, el buey levantó la cabeza. A pesar de que sabía que Valladolid estaba atestada de gentes que habían venido desde muy lejos para demostrarle su lealtad, se sintió invadida por una terrible soledad.

Una soledad más grande que el silencio y el rumiar del buey. Una soledad que no tenía palabra.

49

Su ingenio estaba embotado, no podía «pensar» y se negaba a «sentir». Una vez que estuvo de vuelta, se quedó inmóvil frente al casón, la frente apoyada en la puerta, dudando entre entrar o no. Finalmente subió la escalinata de piedra, se introdujo en su habitación y se metió en la cama.

En mitad de la noche, le despertó el canto afónico de un gallo. Hizo llamar al arzobispo, que dormía en la habitación contigua. Tanta prisa le metieron que apareció a medio vestir, subiéndose las tibialias.

—¿Dónde se mete Dios cuando las cosas se complican? —le gritó la reina nada más verle aparecer.

Al oír esto, el otro quedó extrañado. ¿Era realmente doña Berenguela la que había dicho eso? Porque ella siempre había llevado una vida obstinada, resignada a todo sufrimiento. Nunca la había oído quejarse ni cuestionar nada, y menos sobre Dios. Aunque tampoco la había visto expresar nada sobre la vida, ni positivo ni negativo...

—No es que no esté —dijo acabando de ajustarse las medias—, pero tened en cuenta que el diablo...

No quiso decir «diablo». En realidad, le aburría hablar del

diablo, siempre tenía que hablar de él cuando no sabía qué contestar. Estuvo por decir: estáis muy hermosa desde que dejasteis el reino de León. Pero no lo dijo. No porque temiera una respuesta mordaz, o porque pensara que el comentario no era propio de un arzobispo. No lo dijo porque hubiera franqueado un muro invisible, el suyo y el de ella, tras el cual siempre se habían visto parapetados en su relación: serio y conciliador, incluso pasivo, él; ella, huraña y distante, fría, encerrada en su caparazón.

—Vos siempre con el diablo en la boca —replicó doña Berenguela—. Pues os diré algo: ¡Dios y el diablo son una misma cosa! ¿Y sabéis que son? Una puerta.

Al arzobispo el corazón se le salía por la boca.

—Una puerta que se abre...—dijo inmediatamente.

—Una puerta que se cierra en nuestras narices. Un ruido de cerrojos, un cerrojazo de doble vuelta en el interior. Y después, nada. Y cuanto más se ha abierto la puerta, tanto más fuerte es el portazo...

50

Volvió a meterse en la cama, dejando al otro temblequeante con una tibialia de paño grueso en la mano. Llamó a la puerta y entró de puntillas. Se quedó quieto. Al cabo de un rato, comenzó a susurrar en la oscuridad: la voz de Dios está en el murmullo del viento entre los árboles, en el crujido de la tierra, en el olor del heno, en el temblor de las flores, en el silencio de las piedras.

Ella escuchó estas palabras mordiendo la almohada. Luego contestó: Nunca traeréis la luz susurrando en la oscuridad. ¡Fuera de aquí!

Después de dar mil vueltas, sintió como si le atenazaran las vísceras. Se levantó y caminó hasta la jofaina con intención de beber un poco de agua. Vomitó hasta que el estómago le quedó vacío.

Días después, en asamblea, los ricoshombres con los obispos de Palencia y Burgos reconocían como soberana a doña Berenguela y le solicitaron que cediera el reino a su hijo Fernando, a lo que ella accedió sin problema. Alfonso, su ex esposo *el Baboso*, había dado marcha atrás y había regresado a León al ver que la nobleza y el pueblo estaban a favor de ella y de su hijo.

Y

Una mañana, después de todos estos incidentes, doña Berenguela se acercó a reflexionar a su puesto de la ventana.

—Ahora sólo queda casar a Fernando —se dijo, y suspiró hondamente.

Casar a un infante en España era todo un jeroglífico de linajes, en el que además había que evitar caer en los grados de consanguineidad. Pero después de varias semanas de intenso trabajo, el asunto quedó zanjado.

Cómo supo Berenguela de las virtudes de doña Beatriz de Suabia (sabía cazar con halcones, recomponer huesos y vísceras, jugar al ajedrez, relatar historias y cantar y tocar varios instrumentos musicales) y cómo se las arregló para entrar en contacto con la corte imperial de Federico II, pedir la mano de una princesa de un linaje tan poco relacionado hasta entonces con los reinos hispanos, y obtenerla, era algo que nadie en la corte se atrevió a preguntar nunca.

A finales de noviembre de 1219, en una tarde plomiza y gris llegaba a Burgos la joven Staufen para contraer matrimonio con el heredero del trono de Castilla.